

El comienzo del evangelio de hoy dice que los publicanos y los pecadores solían acercarse a Jesús para escucharle. Los publicanos eran los que recaudaban impuestos para los romanos. En esta tarea solían extorsionar y cobrar de más a sus conciudadanos. Colaboraban con el Imperio, eran traidores y ladrones. Los otros a los que se refiere san Lucas cuando habla de «pecadores» eran hombres de vida irregular: ladrones, defraudadores, adúlteros... En definitiva, gente con la cual pocos querían tratar, con la que tampoco nosotros querríamos tratar, no eran buena gente.

Dice también el comienzo del evangelio que los escribas y los fariseos murmuraban porque Jesús acogía a todos estos hombres y comía con ellos. No que lo hiciese alguna vez de forma esporádica, sino que lo hacía con frecuencia. Acoger a estos hombres, compartir con ellos la mesa, ¿no era eso hacerse cómplice de su pecado? El dato es que Jesús lo hacía y eso provocaba el escándalo de muchos judíos.

A esta queja responde Jesús con las tres parábolas que hemos escuchado y que todos conocemos: la de la oveja perdida, la de la moneda perdida y la del hijo perdido o “hijo pródigo”.

¿Qué quiere decir Jesús con estas tres parábolas?

—Que Dios no es simplemente aquel que está dispuesto a perdonar a aquel hombre que vuelve a él arrepentido de sus pecados. No, sino que Dios está buscando al hombre, ha salido de sí en su Hijo y en su Hijo recorre los caminos del pecado, por los que cada uno de nosotros se ha alejado de Dios, para alcanzarnos. Sí, es verdad, en su Hijo Dios se ha hecho un habitual de los pecadores, llamando constantemente a su puerta. Jesús come con los pecadores, porque en él Dios ha salido a buscarnos. Esta búsqueda no es una metáfora, no es una imagen poética: realmente Dios, en su Hijo, ha llegado hasta el final en esta búsqueda, hasta la cruz, allí ha llegado agotado, física y psicológicamente agotado. Más: ha sufrido allí el peso de todos nuestros pecados, que lo han hundido, en lo más hondo del abismo: «descendió a los infiernos», rezamos en el Credo. Y así él es el Buen Pastor.

Esta búsqueda ha sido un poner todo patas arriba, como la mujer que da la vuelta a la casa buscando su moneda. También Dios ha puesto el universo patas arriba. Él que es creador y dueño, que da la vida y el ser, que está en lo más alto, más allá de lo que ninguna criatura puede aspirar, ha aparecido en lo más bajo, como un esclavo, como un maldito, confundido con los pecadores, muerto como un malhechor. Todo ¿para qué? —Para elevarnos a nosotros por encima de los ángeles a participar de la vida de Dios. En esta búsqueda nuestra Dios ha trastocado el orden del Universo.

Y mientras el Hijo sale del seno de la Trinidad y recorre los caminos de todos los hombres, los caminos por que nos hemos alejado de la fuente de la vida, el Padre espera la vuelta de su Hijo Único llevándonos a cada uno de nosotros con él. En la parábola del hijo pródigo, el Padre espera y escruta el horizonte para ver por dónde puede volver su Hijo. En la entrega de su Hijo, Dios lo ha arriesgado todo, lo ha dado todo, lo ha hecho todo. Sólo le queda esperar la vuelta de cada uno de nosotros. Volvemos a él abrazados al Hijo Único, que se ha identificado con nosotros, que ha tomado sobre sí nuestros pecados y, de alguna manera, los ha hecho suyos. Él «**se ha hecho por nosotros un maldito**» (Gal 3,13), dice s Pablo. Volvemos a él abrazados a su Hijo Único, sabiendo que hemos perdido todo derecho sobre el amor de Dios, sabiendo que nada merecemos, pero esperando su misericordia: «**he pecado contra el cielo y contra ti, trátame como a uno de tus jornaleros**». El Padre reconoce al Hijo Único en cada pecador que vuelve con él y se conmueve su corazón y corre a besarlo, literalmente «**a cubrirlo de besos**». y no lo toma como jornalero, como siervo, sino como hijo.

Lo cierto es que los fariseos y los escribas se sorprenden con razón. ¡Ojalá se dieran cuenta de que también ellos necesitan el perdón! ¡Ojalá también ellos se hiciesen habituales de aquel que los buscaba! ¡Ojalá nosotros nos hagamos habituales de la misericordia de Dios!

Cada época tiene sus peligros. En otras épocas para muchos quizá el peligro consistía en pensar que su pecado no tenía perdón, que su pecado era demasiado grave para que Dios pudiese perdonar. Las lecturas de hoy dicen lo contrario: no hay pecado lo suficientemente grande para agotar o dejar pequeña la misericordia de Dios: ya sea el pecado de idolatría al que se refería la primera lectura, ya el de persecución de la Iglesia, como en el caso de san Pablo. La gracia de Dios es siempre más grande que nuestros pecados.

Pero el peligro más común de nuestra época no es el de pensar que nuestros pecados son demasiado graves para ser perdonados. El peligro que corremos nosotros es creer que no tenemos necesidad del perdón de Dios. Quizá porque creamos que nuestros pecados no son cosa de nada, como creían los fariseos y los escribas. Quizá porque creamos que al final, el pecado no tiene oscuras y nefastas consecuencias para nosotros, como el hijo pródigo antes de verse forzado a cuidar cerdos, antes de sentir envidia de los cerdos que cuidaba. Nuestro peligro es no darnos cuenta de la necesidad que tenemos del perdón que se nos ofrece.

Las lecturas de hoy son una invitación de Dios a reconocer nuestro pecado, a no conformarnos con esta vida de pecado, y a acudir a aquel que tiene misericordia para perdonar y que tiene poder para librarnos de la fuerza que sobre nosotros ejerce el mal. La misericordia de Dios que hoy se nos pone delante debe servirnos de espejo para mirarnos a nosotros mismos. Que mire cada uno cómo aprovecha, o cómo desprecia, este perdón que Dios le ofrece en el sacramento del perdón. Dios es misericordioso y poderoso; y se nos ofrece, hoy, ahora. ¿Por qué esperar meses, si Dios se nos ofrece hoy? ¿Hay que esperar a que llegue la Cuaresma para confesarse? ¿Hay que esperar a que llegue el fin de nuestros días para buscar el perdón de Dios? Dios nos habla hoy de su misericordia, hoy nos la ofrece, para que la tomemos hoy, para que nos acerquemos hoy, para que hoy volvamos a él.

Una cosa más quiero comentar: las tres parábolas terminan en fiesta. Hace fiesta el pastor y hace fiesta la mujer. Jesús comenta en los dos casos: **«habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta»**. También en el caso del hijo pródigo la cosa acaba en fiesta. Aquí se detalla más: no sólo hay fiesta, sino que el hijo que vuelve del pecado es elevado, ensalzado, tratado con los máximos honores. Sólo quiero llamar la atención sobre el hecho de que la fiesta la hace Dios. Es Dios quién se alegra y se llena de gozo. Deberíamos ser nosotros los que nos alegráramos, porque somos nosotros los que somos rescatados de la muerte, los que somos librados del infierno. Somos nosotros los que ganamos. Sin embargo, la fiesta la hace Dios, porque él es el que más ama. El que más ama es el que más sufre, cuando nos encaminamos hacia la muerte; y también el que más se alegra cuando volvemos a la vida. Nuestra fe nos da motivos para la alegría: Dios no nos da el perdón a regañadientes, no le cuesta. Dios no nos da el perdón como para que le dejemos en paz, como nosotros que muchas veces damos el perdón para quitarnos de en medio a quien, en realidad, nos molesta. Dios está deseando darnos el perdón, espera y escruta el camino para ver si volvemos, se goza cuando nos ve retornar, nos besa, nos abraza y se goza.

San Pablo había hecho experiencia de este perdón otorgado por Dios y lleno de admiración nos invita: **«Podéis fiaros y aceptar sin reserva lo que os digo: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores»**.

Podemos terminar con las mismas palabras del Apóstol, que agradecido por este perdón, exclama: **«Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén»**.

Alabado sea Jesucristo
Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.